

Confundir los campos de seguridad

El éxito descansa en la capacidad de inserción de las comunidades.

Edgar Gutiérrez

Todo indica que si los operativos policiales en Ixcán resultaron un fiasco, los de San Marcos son un éxito. Ya alcanzan la meta de destruir 15 millones de matas de amapola, suficiente para confirmar la voluntad oficial en la cruzada antinarcóticos, uno de los compromisos internacionales del país en materia de seguridad.

Pero un operador serio de seguridad no lo celebraría. Sabe que un operativo policial que no se orienta a atacar los núcleos duros del crimen organizado, sino sus terminales sociales tiene otros costos que Estados ¡frágiles!, como el nuestro, difícilmente se pueden echar a costas de manera responsable.

Me explico. Cuando se incautan significativos cargamentos de droga, son capturados los capos, desarticulados los carteles o confiscadas las cuentas y bienes que blanquean dinero, quiere decir que el Estado descansa eficazmente en extensas acciones sigilosas centralizadas. El éxito se mide en la capacidad de encarecer las operaciones de los carteles, el respeto ganado a los cuerpos de seguridad y la rápida mejora del clima de negocios.

Pero cuando el Estado, ante la imposibilidad de hacer lo anterior (porque, digámoslo, no asistimos a una estrategia complementaria), elige como blanco la materia prima del narcótico químico, o sea, cultivos que ya constituyen rentas de incontables campesinos y comunidades enteras, el enfoque de seguridad es otro, radicalmente. El éxito no descansa en el operativo policial en sí, sino en la capacidad de inserción ventajosa de las comunidades en el mercado lícito. Dicho de otra manera. El enfoque de seguridad cuando el problema es un nivel insuficiente de desarrollo (hambre, pobreza, desempleo, abandono, renta marginal), demanda encadenar otros factores de manera sostenible para habilitar economías campesinas que ahora son funcionales al delito.

A juzgar por el concepto aplicado a los operativos en San Marcos y las declaraciones triunfalistas de las autoridades, estamos ante una confusión de campos de seguridad. Equivale a decir que celebramos haber detenido a un asaltante de tienda empleando un cañón 105 mm. En la guerra civil ocurrió algo semejante y las consecuencias trágicas las seguiremos padeciendo otras décadas más.

Ante casos como San Marcos, está bien que el Estado comisione mil agentes, pero de manera permanente y descentralizada, con un propósito de habilitación económica de las comunidades. La proporción podría ser: 200

maestros, 200 técnicos en producción, 200 ¡zapadores! de infraestructura, 200 médicos y paramédicos, y 200 policías. Me refiero a que las actuaciones compulsivas a veces solo tienen el efecto de alborotar el hormiguero. E ineluctablemente, más temprano que tarde, pasan la factura.